

PRÓLOGO

Una política de consenso

MARCELINO OREJA AGUIRRE

La política exterior de España, salvo en contadas circunstancias, ha gozado de un alto grado de consenso por parte de las diferentes fuerzas políticas desde la transición. Precisamente este consenso es la razón de ser de una política de Estado, por la que hoy más que nunca me permito abogar en estas líneas.

Una de las grandes virtudes de nuestro proceso de transición democrático fue el acuerdo básico entre las formaciones del espectro político de izquierda a derecha.

De la mano de esa transformación llegaron los cambios a la política exterior. España volvía a la escena internacional con el respaldo de una transición modélica y su primer objetivo, compartido mayoritariamente, era resituarse en Europa. El profundo deseo de formar parte de las Comunidades Europeas marcaría una de las prioridades de la nueva política exterior. Como recuerda mi querido amigo el embajador Bassols, fue un proceso excesivamente largo, no sin dificultades, pero que culminó con éxito tanto para Madrid como para Bruselas.

Ese largo trayecto no hubiera sido posible sin un consenso político estable y duradero. Y es ese consenso el que debemos seguir reivindicando de cara al futuro. Sin tolerancia, sin armonía, sin concesión, sin entendimiento, sin diálogo, sin solidaridad, sin valores comunes, sin reconciliación, sin respeto, no habrá un futuro de progreso. Solo con unión y concertación lograremos mantenernos en un lugar preeminente en el nuevo mundo multipolar, en el que estamos viviendo. La crisis económica, el cambio climático, la proliferación nuclear, las epidemias, el crimen organizado, el terrorismo, son todos ellos problemas globales que afectan a la comunidad internacional por igual y al que el Estado por sí solo ya no puede hacerles frente. De ahí la importancia de saber escuchar a nuestros socios y a nuestros vecinos para llegar a acuerdos, para trabajar juntos en busca de un mundo más pacífico, más tolerante, y más respetuoso con la dignidad de la persona.

Para este diálogo tan necesario los directores José María Beneyto y Juan Carlos Pereira han reunido en estos tomos diversas opiniones que como distintas piezas forman un todo inseparable. Antonio Estella, Jorge Moragas y Antonio Moreno nos acercan las visiones del PSOE, del PP y del resto de partidos minoritarios. Las tres perspectivas coinciden en la vinculación a la Unión Europea y su proyecto de diálogo y cooperación.

La Unión Europea ha dado un gran paso adelante al incorporar la Carta de Derechos Fundamentales en el Tratado de Lisboa. Como español y como europeo, me siento orgulloso de que se haya alcanzado un acuerdo sobre los valores básicos que deben ser reconocidos al ser humano. No podemos dejar de estar en la vanguardia de la defensa de dichos valores y derechos. La Unión Europea debe crecer económicamente, y consolidarse políticamente, pero más importante aún, debe ser un faro que ilumine el progreso económico con la inclusión social, la profundización del estado del bienestar, y la defensa de los más débiles. En definitiva, debemos devolver a la sociedad aunque sea una mínima parte de lo que esta nos brinda.

Un ejemplo claro de nuestros días es la rectificación de nuestras políticas hacia el norte de África. España y Europa deben aprender de los errores cometidos y apoyar los procesos de democratización que claman incesantemente los pueblos del Magreb. Como vecinos, como socios, y también como amigos de otros pueblos, debemos ayudarles, sin interferir en sus procesos transitorios hacia nuevos regímenes donde se respeten la libertad, la justicia y la igualdad. Para profundizar en el examen de nuestras relaciones con esta región contamos con Miguel Hernando de Larramendi, quien realiza una ilustración clarificadora desde el franquismo hasta la actualidad, prestando especial atención al asunto del Sáhara; y con Emilio Cassinello, Gabriel Reyes y Tamara El Khoury para abordar con minuciosidad el papel de España en Oriente Próximo.

El segundo gran eje de nuestra política exterior es Iberoamérica, una región a la que nos unen múltiples vínculos, histórico, político, económico, lingüístico, y el más valioso, el social. No solo nuestras empresas y las suyas, también nuestras gentes van y vienen, cruzan el Atlántico en busca de un futuro mejor en una tierra que encuentran cercana porque les unen las mismas raíces. Tras el franquismo se hizo un gran esfuerzo por recuperar y afianzar nuestra posición privilegiada en la región, y ahora más que nunca debemos resituarnos en esta zona del planeta en la que se prevé estabilidad y crecimiento económico, así como desarrollo social, en los próximos años. España debe seguir siendo para América Latina un socio clave, un amigo, un puente sólido hacia Bruselas. En este sentido, la apuesta por Brasil resulta fundamental y nuestra asociación estratégica con este gigante sudamericano debe formar parte de nuestras prioridades en el exterior. Gracias a Celestino del Arenal podremos repasar este capítulo de la historia de la política exterior española que forma parte de su centro neurálgico.

El tercer pilar que quiero destacar es el eje trasatlántico. Las relaciones con Estados Unidos han sido vitales para España, desde los acuerdos sobre las bases militares que nos abrieron una ventana a la escena internacional en los años 50, hasta las magníficas relaciones de cooperación que se registran a día de hoy en el campo económico, científico, militar o policial. Con sus diferentes vaivenes, no se entiende la posición española en el mundo sin la amistad que nos une a la gran potencia económica, política y militar que es Washington. Europa y Estados Unidos caminan de la mano en muchos asuntos, y se encuentran siempre más cerca que lejos en otros muchos. Profundizar

en esta senda de cooperación es un reto del siglo XXI que deben asumir los dos socios, especialmente ahora que ambos viven una profunda crisis financiera y una recesión económica que pueden lastrar su grandeza. No deben tener miedo al auge imparable de los países emergentes puesto que ya es una realidad probada, sino que deben colaborar en la configuración de un nuevo orden en el que tengan cabida todos como socios.

Y volvamos a Europa, porque la Unión Europea es el cimiento de los tres pilares. Esther Barbé hila muy bien a lo largo de su capítulo la interrelación que existe entre la política exterior española y europea. En estos días en los que se debate tanto sobre el futuro de Europa por causa de la crisis que amenaza con lastrar el sistema económico y que ha obligado a rescatar a Irlanda, Portugal y por segunda vez a Grecia, la solución es más Europa, más profundización, más cooperación económica, fiscal y de política exterior. Se necesita una única voz para que sea oída en el escenario mundial, puesto que el coro de 27 voces ya ha demostrado ser inservible. Esto no significa construir una supernación, sino respetar la pluralidad que nos caracteriza y nos enriquece y coordinarla adecuadamente para ganar mayor credibilidad y prestigio internacional. La imagen del enano político para referirse a Europa nunca me ha gustado y es hora de trabajar juntos para superarla. El Tratado de Lisboa ha sido un avance en esta dirección, pero conscientes de sus debilidades, no debemos retrasar las nuevas reformas por temor a su rechazo; debemos, sin embargo, aplicarnos más que nunca para lograr los consensos que hacen falta para salir de la crisis, recuperar nuestra fuerza y demostrarlo en la arena global.

Antes de ampliar hay que consolidar lo que tenemos. Se hace necesario un esfuerzo por acercar a los nuevos socios del Este al corazón de Europa. Guillermo Pérez Sánchez y Ricardo Martín de la Guardia nos hablan en sus páginas de los logros conseguidos hasta ahora por parte de España y de lo que nos queda por hacer. Por su parte, Beata Wojna nos acerca el espacio postsoviético y, en especial, el caso ruso cuyo peso en la política exterior europea se hace notar cada vez más por resultar un socio vital por muchos factores, entre ellos la seguridad energética. Sin duda, la energía es uno de los temas claves de futuro. España ha hecho un gran esfuerzo por destacarse en el desarrollo y uso de las fuentes renovables de energía, pero su dependencia gasista y petrolera todavía es un condicionante de su política exterior. Donato Fernández y Beatriz Muñoz nos acercan al problema en toda su dimensión y apuntan la tan necesaria política energética comunitaria. Los recursos energéticos son un interés estratégico en el que España y la UE deben volcarse en los próximos años para avanzar hacia una política común que implique una menor dependencia sujeta a riesgos indeseados.

Otro escenario imprescindible es el que nos trae Florentino Rodao, con el que comparto plenamente la necesidad de dar un salto cualitativo en Asia, una región que ha despegado hace tiempo, primero con Japón, después con los países del Sudeste de Asia y en la actualidad con el liderazgo chino e indio. A pesar de la distancia geográfica y cultural, es necesario redoblar esfuerzos por afincarnos en un continente cuyo auge está desbancando a las tradicionales potencias económicas. Los proyectos en marcha para Asia-Pacífico han sido un claro ejemplo de que podemos tener éxito en la región, pero está claro que no es suficiente y que no sería justificable relajarnos ante este objetivo, recordando siempre que España también tiene mucho que ofrecer al eje Asia-Pacífico.

Por otro lado, con gran acierto, los directores del libro han incorporado varios capítulos dedicados a algunos aspectos cruciales que afectan a la política exterior del

siglo XXI. Estos son otras amenazas y desafíos, que han evolucionado de las clásicas guerras o conflictos armados, y entre los que encuentran el terrorismo internacional, la proliferación de armas de destrucción masiva, los Estados fallidos, la delincuencia organizada transnacional, la seguridad cibernética, el cambio climático, o la inmigración. Por su parte, Félix Arteaga recopila las misiones internacionales de las fuerzas armadas, puesto que lamentablemente todavía quedan escenarios con conflictos armados que requieren de la ayuda internacional. Esta cooperación multilateral también forma parte del capítulo de Francesc Granell dedicado a las organizaciones internacionales, las cuales tienen, cada vez más, un peso mayor en el tablero de las relaciones internacionales. En este sentido, España ha sido siempre una firme defensora de los foros de diálogo internacionales y de cooperación, y de la búsqueda de un mundo más equilibrado de carácter multipolar.

Finalmente, quiero recordar el espíritu de gran angular de esta publicación, pues una de sus características más loable es la introducción de un apartado completo dirigido a los agentes tangibles e intangibles que configuran la política exterior española y que asimismo contribuyen a la imagen exterior de España. No quiero dejar de mencionar las aportaciones de José Luis Neila sobre la Administración Exterior del Estado y el cuidadoso estudio sobre su necesaria reforma; de Carlos Sanz sobre el Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación, y la también reforma pendiente; de Alejandro Muñoz-Alonso con un detallado y didáctico texto sobre el papel de las Cortes; de Rafael García Pérez sobre la acción exterior de las Comunidades Autónomas, piezas fundamentales en la configuración del Estado español que cuentan con un destacado papel en el Comité de las regiones europeas; de Alfredo Arahetes y Robert A. Robinson, sobre el papel de las empresas multinacionales españolas y las inversiones directas, un factor de la política exterior que puede ser clave en la salida de la crisis actual; o de Leire Leguina y Jaime Otero sobre el papel de la lengua y la cultura españolas, como uno de los factores con más impacto, porque ayudan a unir a los pueblos y sus gentes, y el vínculo lingüístico es uno de los más fuertes, pues la lengua configura el pensamiento, y por tanto quienes somos.